

# Las victorias del Gran Aníbal Barca durante la segunda guerra romano-púnica

## I. La batalla de Tesino

José M<sup>a</sup> Manuel García-Osuna y Rodríguez  
*Doctor en Historia*

### **Resumen**

El gran Aníbal Barca entra en la Gran Historia con paso firme y, tras las victorias de los inicios de la Segunda Guerra entre Roma y Cartago aquí narradas, una gran esperanza y un clamor de libertad recorrió la cuenca del Mar Mediterráneo, pero Roma ahogaría en sangre esta posibilidad de un mejor comportamiento, el púnico, de un Imperio.

### Palabras clave:

Aníbal Barca el Grande, Publio Cornelio Escipión el Viejo, Los Alpes, Tito Livio.

### **Abstract**

The great Hannibal Barca enter in the Great History with firm step, and, after the victories of the beginning of the Second War between Rome and Carthage here narrated, a great hope and a cry of liberty crossed the valet of The Mediterranean Sea, but Rome drowned in blood this possibility of a better behavior, the punic, of an Empire.

### Keywords:

Aníbal Barca, Publio Cornelio Escipión Old, The Alps, Titus Livio.

## La epopeya de la travesía de los Alpes por la milicia púnica de Aníbal Barca el Grande (247-183 a. C.)

Aníbal significa: “quien goza del favor del Señor o el don del Señor (Baal)” y “Barca” o Baraq significa “rayo”. «Así pues, Aníbal, después de tomar la resolución de continuar la marcha y dirigirse a Italia, reunió a la asamblea de soldados y les hizo reaccionar por procedimientos diferentes: recriminándolos y animándolos. Les dice que está sorprendido del pánico que ha invadido de repente sus corazones siempre impávidos; tantos años como llevaban en el ejército venciendo, ya que no habían salido de Hispania hasta que todos los pueblos y las tierras abrazados por dos mares opuestos fueran de los cartagineses; luego, llenos de indignación porque el pueblo romano pedía que le fueran entregados como merecedores de castigo todos aquellos que hubiesen participado en el asedio de Sagunto, habían cruzado el Ebro para borrar el nombre romano y liberar al mundo entero; entonces, cuando emprendían el camino de occidente a oriente, a nadie le había parecido largo; ahora, cuando ven recorrida la mayor parte con mucho del camino, salvado el desfiladero del Pirineo por en medio de los pueblos más arriscados; cruzado el Ródano, un río caudaloso, con tantos miles de galos tratando de impedirlo, dominando además la fuerza de la corriente del propio río; cuando tienen al alcance de la vista los Alpes, cuya otra vertiente pertenece a Italia, se paran cansados ante las puertas mismas del enemigo; ¿qué otra cosa se creen que son los Alpes más que montañas altas? Aunque se los imaginasen más altos que las cumbres del Pirineo, sin lugar a dudas no hay tierra que toque el cielo ni que sea inaccesible para el género humano; los Alpes seguro que están habitados, son cultivados, producen y sustentan seres vivientes; si son transitables para unos pocos, lo son también para los ejércitos; aquellos mismos embajadores que están viendo no han franqueado los Alpes gracias a unas alas que los elevasen por los aires, ni siquiera eran indígenas sus antepasados sino extranjeros que habían hecho la travesía, sin peligro, para poblar Italia, por esos mismos Alpes, a menudo en interminables caravanas de emigrantes con sus hijos y sus mujeres; ahora

bien, para un soldado armado que no lleva consigo más que sus útiles de guerra ¿qué hay intransitable o infranqueable?, ¿cuántos peligros, cuántos trabajos no han pasado a lo largo de ocho meses para tomar Sagunto?; al dirigirse a Roma, la capital del orbe, ¿hay algo que les pueda parecer tan duro y tan arduo como para diferir su propósito? En otro tiempo los galos se apoderaron de lo que los cartagineses desesperan de poder alcanzar; por consiguiente, o han de reconocerse inferiores en coraje y valor a un pueblo tantas veces vencido por ellos por aquellas fechas, o han de esperar como meta final de su marcha la planicie situada entre el Tíber y las murallas de Roma»<sup>1</sup>.

El paso épico de los Alpes por los cartagineses ha hecho correr ríos de tinta, ya, desde la antigüedad. Desde Tito Livio (59 a.C.-17 d. C. *Ab Urbe Condita*, XXI), hasta L. Anneo Séneca (“Cuestiones Naturales”, III), se realizan diferentes aproximaciones históricas a los hechos. A partir de entonces centenares de libros y de autores han analizado el atrevimiento genial de Aníbal Barca (*honna* o *hanni Baal*). Pero no había sido la primera vez que la cordillera de los Alpes había sido atravesada, ya que el año 387 a. C., en la batalla de Alia, turbamultas de celtas cisalpinos llegaron ante las murallas de Roma y consiguieron alcanzar el Capitolio, y allí será donde su caudillo Breno, de la tribu de los galos-senones, va a obligar a los romanos a que compren la paz por 1.000 libras de oro y, de esta forma, conseguirían evitar la devastación de la urbe capitolina. Entonces, al disentir [los romanos] sobre la cuantía de los pesos del oro, Breno puso su espada en la balanza y dijo aquello de *¡Vae victis!* o *¡Ay de los vencidos!*; a posteriori se suicidaría bebiendo vino puro. Pero que un ejército entero y al completo, conformado por varias decenas de miles de soldados, con su pertinente caballería, su intendencia y sus elefantes, atravesase los Alpes, era la primera vez que se realizaba tal proeza y semejante hecho eclipsaba las hazañas del mismo Alejandro III el Magno de Macedo-

<sup>1</sup> Tito Livio. “Ab Urbe Condita”, XXI, 30.



Col de Montgenèvre, en la frontera de Italia, con cimas que rondan los 3.000 metros de altura

nia; era algo propio del mítico Hércules-Heracles-Melkart.

Aunque típico de los romanos, Tito Livio confunde las pistas a conciencia, para contaminar las dos fuentes púnicas en las que se basa, presentando rutas diferentes, por lo que seguir sus itinerarios literarios diversos es una labor poco menos que imposible, si con ellos se pretende localizar a los aguerridos soldados púnicos del gran Aníbal Barca.

### **Aníbal Barca atraviesa el río Ródano**

Tras haber cruzado dicho río y situarse en su ribera izquierda, a la altura de Orange o de Mornas, Aníbal Barca el Grande va a remontar el valle durante cuatro días antes

de decidirse a cambiar de ruta. La marcha del ejército debería hacerse más rápida ya que era necesario poner tierra de por medio entre él y las legiones de Publio Cornelio Escipión el Viejo (primer cónsul en el año 218 a. C.), que lo perseguía a uña de caballo, ya que, tras haber sostenido una confrontación nada favorable a sus intereses, cualquier tipo de lucha en suelo galo sería un error. Finalizaba el mes de agosto y la naturaleza podía serle más esquiva, si cabe, al tener que atravesar la montaña alpina. Ya está la milicia de los púnicos, tras atravesar el alto del Drôme sin el más mínimo problema, a la altura de Valence; entonces Aníbal llegará a la Isla, que era un lugar geográfico encerrado en la confluencia de dos ríos, el Ródano y, con toda probabilidad, el Isère, ya que se menciona de forma implícita (Polibio) o explícita (Tito Livio), que el púnico ya se hallaba en el País de los galos-

alóbroges, necesita de su neutralidad y, por ello, Aníbal va a desplegar su genial instinto diplomático, realizando el oportuno arbitraje entre dos hermanos que litigaban por el poder, y haciendo ley de la primogenitura, por lo que el hermano mayor vencedor le entregará ropas de abrigo, calzado para la montaña y una buena cantidad de alimentos, además de una escolta armada para que protegiera la retaguardia púnica.

A partir de este momento, Tito Livio, comienza a divagar, ya que la frase “hacia la izquierda (*ad laeuam*), que obligaba a Aníbal a ir hacia el Oeste o hacia el Norte con relación al eje del Isère es absolutamente incomprensible, ya que este camino obligaría al caudillo de los púnicos a tener que volver hacia el Sur, a pesar de que solo ha rozado los límites septentrionales de los galos-tricastinos, cuyo territorio se llama, en la actualidad, Saint-Paul-Trois-Châteaux, que recuerda al nombre ancestral, y luego el historiador romano lo va a hacer atravesar, literalmente, bastante más al Norte, la región Sur de los galos-voconcios, para a continuación dirigirse hacia el Este en el territorio del Gapençais y, ya, por fin llegar al Durance por el lado de Embrun. A partir de ahora ya no hay más y el historiador romano no va a precisar el puerto de montaña por el que atravesó la milicia cartaginesa. Pero se puede colegir que tras haber alcanzado el curso alto del río Durance, el anunciado y curioso desvío solo puede indicar que los soldados africanos se van a dirigir hasta el Mont-Genèvre, siguiendo la óptima vía denominada Heraclea, que aunque de forma primigenia había sido la elegida por el jefe púnico, cuando se acercaba a las riberas del río Ródano, debió cambiarla cuando tuvo conocimiento de que las legiones de P. Cornelio Escipión se encontraban cerca de Marsella-Massalia, por lo que la solución de recambio debió ser más septentrional. «Una vez acalladas las querellas entre los alóbroges, y dirigiéndose entonces hacia los Alpes, no abordó las montañas por vía directa, sino que, desviándose hacia la izquierda, se dirigió a territorio tricestino y, desde allí, bordeando los límites del territorio de los vocon-

cios, se dirigió hacia el de los tricorios, sin encontrar ningún obstáculo en el camino hasta llegar al Durance»<sup>2</sup>. Pero el error del historiador latino estriba en que hace una equiparación del trayecto inverso recorrido por C. Julio César, en el año 58 a. C., en dirección a las Galias pasando por el Mont-Genèvre, pero Julio César no posee ningún tipo de conocimiento sobre el segundo puerto. Además, censura a Celio Antípater el que, apoyándose en una de sus fuentes, hiciera atravesar a los púnicos por los Alpes Peninos o valaisanos y en concreto por el *Cremonis iugum* o Pequeño San Bernardo; porque él estima que ese trayecto habría obligado a los africanos a desembocar en el valle de Aosta o del Dora Baltea y Tito Livio sabe perfectamente que el gran Aníbal llegó al País de los galos-aurinos. En efecto, existían dos puertos que desembocaban en ese territorio, aunque el reputado paso por el Diois, que C. Julio César atravesó para conseguir someter a los galos, no es el lugar que Aníbal Barca hubiese escogido, con cuarenta mil soldados y unos 20 elefantes, existiendo cimas de más de mil metros de altura, y cuando estaba claro que el caudillo púnico no se podía permitir el lujo de jugar al azar en esta empresa bélica, que él necesitaba transformar en proeza. Por lo tanto, la moderna “ruta de Aníbal Barca”, que tratan de hacer pasar por Crest, por Die, Veynes, Gap y Embrun, hasta la “ruta de Napoleón” es totalmente falsa; cuesta imaginar a la milicia púnica en esos riscos en fila de a uno.

Por el contrario, el historiador griego Polibio (203-120 a. C.) escribe que antes de emprender el descenso, *sensu stricto*, Aníbal habría recorrido 148 km u 800 estadios en diez días, siguiendo el curso del Isère, por su ribera izquierda. Por lo tanto, Aníbal atravesó por el extremo Norte del Graisivaudan, rodeando las faldas del macizo de Belledonne. Al llegar a la altura de Pontcharra, tuvo que escoger entre dos caminos alternativos y decidió continuar por el valle del Isère hasta su confluencia con el Arc,

<sup>2</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 31.

evitando las marismas del fondo del valle. Pudo ser en esta zona, al pie del pico Aiton o a la altura de Aiguebelle, donde los púnicos fueron abandonados por la escolta de los alóbroges, que se marcharon para sus casas, tal como habían pactado con Aníbal, por lo que los únicos guías que le quedaron fueron los galos-boios, que se le habían unido cuando había atravesado el río Ródano. Tras llegar a Maurienne y según ascendía por el valle del Arc, Aníbal Barca observaba cómo la ruta se iba estrechando cada vez más y, por lo tanto, se hacía más y más vulnerable, al irse adelgazando, por causa del espacio, las columnas del ejército cartaginés. La ignominia histórica de Tito Livio se observa cuando escribe, con satisfacción, que los africanos podían ser víctimas de sus habituales defectos: la astucia y la emboscada. Aníbal el Grande iba a tratar de evitarlo colocando a la caballería en cabeza, carros y elefantes a continuación, con la infantería pesada cerrando aquel desfile. Aún así, las pérdidas púnicas fueron importantes, hasta tal punto que Aníbal pasó toda la noche con la retaguardia de sus tropas detrás de una gran roca y con una importante solución de continuidad con respecto a su caballería y a sus abastecimientos.



Detalle del fresco del siglo XVI atribuido a Jacobo Ripanda.  
Museos Capitolinos

«Se llegó después hasta otro pueblo de muchos habitantes para ser montañeses. Allí estuvo Aníbal a punto de verse copado no en guerra abierta sino con sus propias armas, la astucia y la emboscada. Los jefes, de edad avanzada, de los

*reductos fortificados, acuden en embajada al cartaginés manifestando que han aprendido de las calamidades ajenas, lección provechosa, y que prefieren experimentar la amistad antes que la violencia de los cartagineses; que, por lo tanto, harán dócilmente lo que se les mande; que acepte provisiones y guías para el camino y rehenes como garantía de su compromiso. Aníbal, considerando que no debía ni creerles por las buenas ni rechazarlos -no fuera a ocurrir que el rechazo los convirtiera en enemigos declarados- respondió con buenas palabras, aceptó los rehenes que le ofrecían, hizo uso de las provisiones que se habían traído para el camino y los siguió como guías, si bien con un orden de marcha completamente distinto al que adoptaría a través de territorio amigo. En la cabeza de la columna iban los elefantes y la caballería; detrás marchaba él mismo con el grueso de la infantería, observándolo todo alrededor con gran cuidado. Al llegar a un estrechamiento del camino, dominado en uno de sus lados por una elevada cima, surgen emboscados bárbaros por todas partes, de frente y por la espalda, atacan de cerca y de lejos, y hacen rodar enormes piedras sobre la columna. El mayor número de enemigos atacaba por la espalda. La infantería, que se revolvió contra ellos, demostró claramente que, si no se hubiesen reforzado los extremos de la columna, se habría sufrido un revés muy serio en aquella garganta. Incluso en aquellas circunstancias corrió un peligro extremo y se estuvo al borde de la aniquilación. En efecto, mientras Aníbal dudaba si hacer que su columna bajase hasta la garganta, porque, así como él servía de cobertura a la caballería, a la infantería sin embargo no le había dejado ningún refuerzo por retaguardia, los montañeses, atacando de través, ocuparon el camino después de cortar la columna por el centro; y Aníbal pasó la noche entera sin la caballería y sin los bagajes. Al día siguiente, al perder contundencia las cargas de los bárbaros, se reagruparon las tropas y se salvó el desfiladero no sin graves pérdidas; mayores, sin embargo, en bestias de carga que en hombres. A partir de entonces, los montañeses lanzaban ya sus ataques con menor frecuencia y más al estilo del bandolerismo que de la guerra, unas veces contra la cabeza y otras contra la retaguardia de la columna, según que el terreno se presentara propicio o los que se adelantaban o rezagaban les brindasen la oportunidad. Los elefantes, así como en los cami-*



nos estrechos y empinados se desplazaban con gran lentitud, sin embargo por dondequiera que avanzaban mantenían a los enemigos alejados de la columna, porque les daba miedo acercarse más, al resultarles algo para ellos insólito»<sup>3</sup>.

Al noveno día del comienzo del ascenso, Aníbal llegó a la cima del puerto. Las cumbres estaban blanqueadas por las primeras nieves del final del mes de octubre y el caudillo cartaginés decidió montar el campamento y esperó a que los rezagados, tanto hombres como animales, se reuniesen con el resto de la milicia africana. Entonces el genial generalísimo púnico se subió a una especie de balcón natural y desde allí mostró a sus hombres la llanura del río Po, que era su fruto apetecido y que les conduciría a la conquista de la propia urbe capitolina, Roma. Pero las peripecias y las cuitas de los cartagineses no habían terminado. «Se llegó luego a un paso mucho más estrecho, de paredes rocosas tan cortadas a pico que apenas si podía bajar un soldado sin equipo, tanteando y agarrándose con las manos a los matorrales y tocnes que sobresalían por allí alrededor. El lugar, ya de por sí escarpado, tenía un corte de unos mil pies de profundidad debido a un reciente desprendimiento de tierra. Como los jinetes se detuvieron allí lo mismo que si se tratara del final del camino, Aníbal preguntó extrañado qué les detenía y se informó de que no había paso por la roca. En seguida se adelantó a reconocer personalmente el lugar. Le pareció fuera de toda duda que tendría que conducir al ejército dando un rodeo, aunque de gran diámetro, por un itinerario no transitable ni pisado hasta entonces. Pero resultó infranqueable dicha ruta, pues al haber una nueva capa de nieve de mediano espesor sobre la anterior, intacta, los pies de los que avanzaban se afianzaban con facilidad en la capa blanda y no muy espesa, pero cuando ésta se derritió debido al paso de tantos hombres y acémilas, pisaban sobre el desnudo hielo de debajo y el agua sucia de la nieve derretida. Los esfuerzos eran entonces tremendos, pues el hielo no dejaba que se afianzaran las pisadas y en las pendientes hacía que los pies fallaran antes, de suerte que si se ayudaban con las manos o las rodillas para incorporarse, también estos puntos de apoyo res-

balaban, y volvían a caerse. No había por allí tocones o raíces en que poder apoyar el pie o la mano; así, al ir exclusivamente sobre hielo liso y nieve derretida, caían rodando. Los animales de carga, al avanzar, producían a veces cortes también en la capa de debajo y, si caían, al agitar con mayor violencia los cascos en sus esfuerzos por incorporarse, la horadaban más profundamente, de suerte que la mayor parte, como atrapados en un cepo, quedaban inmovilizados en el hielo duro y compacto de gran espesor. Al fin, agotados inútilmente los hombres y las acémilas, establecieron el campamento en la cumbre después de conseguir con enorme trabajo limpiar el lugar para su emplazamiento, dada la gran cantidad de nieve que fue preciso remover y transportar. Después, los soldados que fueron llevados a abrir camino en la roca -único sitio por donde podía haber paso, y, como era preciso cortar la peña- talaron y trocearon árboles gigantes que había por allí cerca y formaron una enorme pila de leños. Como además se había levantado un fuerte viento a propósito para hacer fuego, los encendieron y, cuando la roca estaba abrasada, vertieron vinagre y la deshicieron. Una vez la roca al rojo por efecto de las llamas, la abren con el hierro y suavizan las rampas con curvas moderadas para hacer posible el descenso no solo de las acémilas, sino también de los elefantes. Se consumieron cuatro días en torno a la roca, faltando poco para que las bestias de carga murieran de hambre, pues las cumbres están prácticamente peladas, y si algo de pasto hay, lo cubren las nieves. La zona de más abajo tiene valles, algunas colinas soleadas, ríos cerca de bosques y espacios ya más apropiados para el hábitat humano. Se envió a los animales a pastar allí y se les concedió un descanso a los hombres, cansados de trabajar para abrir el paso. Tres días después se descendió al llano, siendo ya menos duros tanto la configuración del terreno como el carácter de los habitantes»<sup>4</sup>. Se puede colegir que detrás de tanta precisión sociológica en los datos utilizados por el romano Tito Livio, se encuentran los textos, tan denostados por los historiadores prorromanos de la Antigüedad y, desgraciadamente, perdidos, de uno de los historiadores que escribieron desde el bando de los cartagineses, Sileno,

<sup>3</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 34 y 35 (1, 3)

<sup>4</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 36 y 37.

que anotaba a diario los hechos de esta campaña.

Por Polibio se puede comprender que un deslizamiento de tierras que había transformado una pendiente en un precipicio, iba a obligar a la columna de soldados africanos a pasar por una cornisa que era imposible hasta para la caballería, por lo que los púnicos cambiaron el trayecto y se dirigieron a una pendiente con otros problemas, pero no menores. Una capa fina de nieve ocultaba un escarpado nevero, donde los soldados púnicos resbalaban como en un tobogán y los mulos de carga, hundidos hasta el corvejón, caían en una trampa infernal. Entonces Aníbal se vio obligado a abrir, con la fuerza de los brazos de sus soldados, el camino pertinente y que había desaparecido con el primigenio desprendimiento. Para la disolución de la roca se va a utilizar el vinagre, que era un líquido que todos los ejércitos de la Antigüedad utilizaban como bebida para sus soldados y para la esencial conservación de las armas, aunque lo realmente sorprendente es poder aceptar que el ejército de los púnicos encontrase bastantes árboles, en aquellos yerros y helados parajes, como para poder mantener los fuegos encendidos. Por fin, los afri-



Busto de Aníbal el Grande hallado en Capua  
Museo de Nápoles

canos pudieron descansar en las laderas alpinas. El paso que Aníbal utilizó puede ser decidido, para ser conocido, hacia la depresión de Savine-Coche, que cumplía el hecho de poseer profundos desprendimientos de terreno y un nevero de gran calado en la sombra, que tantos quebraderos de cabeza habrían causado al gran Aníbal. A continuación aparecía la amplia pradera de montaña, soleada, donde el caudillo cartaginés y su ejército pudieron tomar aliento, ya a orillas del pequeño lago existente en el valle del río Savine. A lo lejos ya van a vislumbrar la llanura del actual Piamonte, visible entre la escotadura de los valles bajos.

### La batalla del Tesino, a finales de noviembre del año 218 a. C.

El genio militar de Aníbal había llegado a la convicción de que era necesario borrar todo tipo de pistas para favorecer el desconocimiento por parte de los romanos, y así poder coger desprevenidas a las todopoderosas legiones de Roma. Entonces, P. Cornelio Escipión el Viejo, dejando a la mayor parte de sus tropas al mando de su hermano Gneo para que se encargase de plantar cara a los cartagineses en Hispania, renunció a perseguir a Aníbal por tierra y, en barco, recalando a priori en la actual Génova, llegaba al territorio etrusco de la actual Pisa, atravesando, obviamente, toda la Etruria y tomando el *imperium* o mando de las poco aguerridas legiones de los pretores L. Manlio Vulso y C. Atilio Serrano, todavía conmocionados por la amplia derrota que les habían infligido los galos-boios (en la primavera del año 218 a. C.). Tomó, pues, el camino hacia la llanura padana y estableció su campamento a orillas del río Po, “el gran padre fluvial de Italia”, en la urbe de Piacenza-Placentia; pero Aníbal le iba a sorprender, desagradablemente, cuando informado por los boios del desconocimiento que tenían los romanos con respecto al citado paso del Mont-Ceni, fue este el que escogió para bajar a la llanura, ya que el único puerto alpino conocido por los romanos,

entre la Galia Comata (Melenuda) y la región de los taurinos era el Mont-Genèvre. P. Cornelio Escipión esperaba, por consiguiente, la aparición de los púnicos más al Norte, bajando desde el valle de Aosta por el Dora Baltea.

El reposo para los soldados púnicos supervivientes del calvario alpino era esencial, ya que aquellos veinte mil infantes y seis mil caballeros se habían transformado en semi-salvajes a causa de las privaciones y los sufrimientos padecidos. *«Ya hemos precisado el número de soldados con que Aníbal llegó a Italia. Tras su entrada, campó en las mismas estribaciones de los Alpes y, de momento, procuró que sus tropas se repusieran. Todo su ejército estaba en una situación lamentable, no solo por las ascensiones y descensos y por las penalidades de la travesía; la escasez de víveres y los nulos cuidados corporales lo habían deteriorado enormemente. Ante estas privaciones y lo continuo de las calamidades, muchos se habían desmoralizado por completo. Las dificultades del terreno habían imposibilitado a los cartagineses el transportar provisiones abundantes para tantas decenas de millares de hombres, e incluso se perdió la mayor parte de lo que acarrearaban cuando perdieron las acémilas. Cuando cruzó el Ródano, Aníbal tenía unos treinta y ocho mil hombres de infantería y más de ocho mil jinetes, pero en los pasos perdió casi la mitad de las fuerzas, como apunté más arriba. Los supervivientes tenían algo de salvajes en su aspecto y en su comportamiento, como consecuencia de la continuidad de las penalidades aludidas. Aníbal puso mucha atención en su cuidado y recuperó a sus hombres tanto en sus cuerpos como en sus espíritus. Hizo igualmente que se repusieran los caballos»*<sup>5</sup>. Una vez recuperadas las fuerzas, las tropas africanas conquistaron, al asalto, después de tres días, la urbe más populosa de los galos-taurinos, la futura Augusta Taurinorum (Turín), estrangulando como represalia ejemplificadora a todos los resistentes. Con ello, Aníbal Barca pretendía que la situación de prudente espera de los acontecimientos por parte de los galos-cisalpinos o padanos se transformase en una adhesión clamorosa a favor de los pú-

nicos. La sorpresiva aparición del púnico, en Italia, y esta conquista, causaron en Roma una gran sorpresa e innegable pavor, por el atrevimiento que significaba. Entonces, el segundo cónsul de aquel año (218 a. C.), Tiberio Sempronio Longo, que se encontraba en Sicilia para preparar una expedición contra la propia urbe de Cartago, fue llamado de inmediato, regresando desde Lilibeo, a pesar de que con la inestimable ayuda del rey Hierón de Siracusa había estado preparando a la propia Sicilia y, también, a las islas Eolias contra las esperadas incursiones de la siempre peligrosa flota cartaginesa. Por lo tanto, Sicilia era dejada al cuidado del pretor M. Emilio; y la vigilancia y defensa de las costas de Calabria, a cargo de su lugarteniente Sexto Pomponio, con veinticinco naves de guerra; por lo que, tras dejar terminados estos planes de defensa, el segundo cónsul, citado, llegó a Rímini-Ariminum con sus legiones.

Aún no había llegado a conectar con el susodicho segundo cónsul, cuando P. Cornelio Escipión cruzó atropelladamente el río Po y se dirigió hacia el Oeste para enfrentarse contra los púnicos, que le estaban esperando. Cruzaría el río Tesino por un puente provisional, que estaba defendido por un fortín con un destacamento legionario en su interior. *«Soldados, si yo llevara al frente de batalla el mismo ejército que tenía conmigo en la Galia, me habría ahorrado el dirigiros la palabra; ¿qué necesidad habría, en efecto, de animar tanto a unos jinetes que habían vencido de forma brillante a la caballería enemiga junto al Ródano como a aquella infantería con la que perseguí a este mismo enemigo en su huida y del que obtuve, si no la victoria, sí la confesión que suponía el retirarse y rehuir el combate? Ahora, puesto que aquel ejército, reclutado para la provincia de Hispania, opera con mi hermano Gneo Escipión bajo mis auspicios allí donde fue voluntad del senado y del pueblo romano que operase, yo, para que tuvieseis un cónsul como general frente a Aníbal y los cartagineses, me brindé de forma personal y voluntaria para esta contienda, y un nuevo general debe dirigir algunas palabras a unos nuevos soldados. No seáis desconocedores de las características de esta guerra ni*

<sup>5</sup> Polibio. "Historias", III, 60 (1-7).



*del enemigo: esos con quienes tenéis que luchar, soldados, son los que vencisteis por tierra y por mar en la última guerra, a los que impusisteis un tributo durante veinte años, a costa de los cuales tenéis Sicilia y Cerdeña como trofeos conquistados en la guerra. Vuestra moral y la de ellos en este combate serán, por tanto, las que corresponden a los vencedores y a los vencidos. Además, ahora no van a combatir ellos por valentía, sino por necesidad, ya que es casi mayor el número de los que perecieron que el de los supervivientes; a no ser que creáis que los que rehusaron el combate cuando su ejército estaba entero abrigan mayores esperanzas después de haber perdido los dos tercios de la infantería y la caballería en la travesía de los Alpes. Ahora bien, diréis, efectivamente son pocos, pero vigorosos de cuerpo y espíritu, cuyo vigor y energía apenas hay fuerza alguna capaz de resistir. Todo lo contrario: son espectros, sombras de hombres, muertos de hambre, de frío, de suciedad, de falta de higiene, contusionados y quebrantados entre piedras y rocas; con quemaduras, además, en sus miembros, entumecidos por la nieve sus músculos, consumidos por el intenso frío sus organismos, abolladas y rotas sus armas, renqueantes y sin fuerzas sus caballos. Con esa infantería, con una caballería así vais a combatir; no tenéis un enemigo, sino los últimos restos de un enemigo, y lo único que temo es que a alguien pueda parecerle que, aun siendo vosotros los que combatís, a Aníbal lo vencieron los Alpes. Pero tal vez convenía que fuese así, que con un general y un pueblo que violan los tratados entablasen la guerra y decidiesen su final los propios dioses sin ninguna intervención humana, y que nosotros, que fuimos agraviados después de los dioses, rematásemos la guerra emprendida y decidida. No temo que alguno de vosotros vaya a pensar que utilizo grandes palabras para arengaros, pero que son muy otros los sentimientos que abriga mi espíritu. Tuve la posibilidad de ir con mi ejército a Hispania, la provincia que me correspondía, hacia donde ya había emprendido la marcha, donde tendría a mi hermano como partícipe de mis planes y compañero en el peligro, y tendría como enemigo a Asdrúbal en lugar de Aníbal, y una guerra indudablemente de menor envergadura; sin embargo, cuando bordeaba con mis naves la costa de la Galia, salté a tierra al oír hablar de este enemigo, envié por delante la caballería y fui a acampar junto al Ródano. En*

*una batalla de la caballería, único cuerpo del ejército con que se me dio oportunidad de entrar en combate, desbaraté al enemigo. En cuanto a su infantería, que se desplazaba de forma precipitada como hacen los que huyen, en vista de que no podía darle alcance por tierra regresé a las naves y, con toda la rapidez que pude en una travesía tan larga por mar y tierra, le salí al paso casi en la base misma de los Alpes a este temible enemigo. ¿Doy la impresión de haberme visto abocado por incauto a una confrontación que rehuía, o más bien la de correr tras sus huellas, hostigarlo y arrastrarlo a un combate decisivo? Resulta interesante comprobar si acaso en el transcurso de veinte años la tierra ha sacado a la luz de repente otros cartagineses distintos, o si son los mismos que combatieron en las islas Egates y a los que dejasteis marchar del Érice valorados en dieciocho denarios cada uno; y si este Aníbal es un émulo de los viajes de Hércules, como él mismo pretende, o es el mismo vasallo estipendiario y esclavo del pueblo romano que dejó su padre. Él, si el crimen de Sagunto no lo trajera desasosegado, se acordaría, sin duda, si no de la derrota de su patria, sí al menos, de su casa, y de su padre, y de los tratados suscritos por la mano de Amílcar, que por orden de nuestro cónsul sacó su destacamento del Érice, que aceptó a la trágala y abatido las duras condiciones impuestas a los cartagineses vencidos, que cedió Sicilia pactando el pago de un tributo al pueblo romano. Por lo tanto, soldados, mi deseo sería que peleaseis no ya con el coraje acostumbrado contra otros enemigos, sino con una especie de indignación y de rabia, como si vieseis a vuestros esclavos dirigir de pronto sus armas contra vosotros. Pudimos acabar con ellos por hambre, el más espantoso de los sufrimientos humanos, cuando estaban atrapados en el Érice; pudimos llevar hasta África nuestra flota victoriosa y en cosa de unos días destruir Cartago sin ninguna resistencia; les dimos cuartel cuando suplicaban, les dejamos salir del asedio teniéndolos cercados, hicimos la paz con ellos cuando estaban vencidos, más tarde los consideramos tutelados nuestros cuando les ponía en aprieto la guerra de África. En pago de este trato de favor vienen a atacar nuestra patria siguiendo a un muchacho que no está en sus cabales. ¡Y ojalá fuera éste para vosotros un combate por la gloria tan solo, y no por la supervivencia! No tenéis que batiros por la posesión de Sicilia y Cerdeña*

como se hacía en otro tiempo, sino por Italia. Y no hay detrás de nosotros otro ejército que haga frente al enemigo si nosotros no vencemos, ni hay otros Alpes que nos permitan aprestar nuevos refuerzos mientras son atravesados; es preciso cerrarles el paso aquí, soldados, como si peleáramos delante de las murallas de Roma. Píense cada uno de vosotros que protege con sus armas no su propio cuerpo, sino a su mujer y a sus hijos pequeños, y no esté solo preocupado por sus bienes privados, sino que constantemente tenga presente que en nuestras manos tienen puestos sus ojos en estos momentos el senado y el pueblo romano: como sea nuestra fuerza y nuestro valor, así va a ser en adelante la suerte de la ciudad de Roma y de su imperio»<sup>6</sup>.

Aníbal avanzaba en sentido contrario a lo largo de la orilla derecha del Po. El caudillo de los cartagineses sabía, a ciencia cierta, que arriesgaba en esta primera confrontación bélica a todo o nada; si vencía, los galos-cisalpinos expectantes se pasarían en masa a sus filas; pero, si perdía, era el final de todos sus planes tanto tiempo madurados, a causa de la perfidia romana que firmaba pactos y tratados que nunca cumplía. Por ello, el genial Bárcida africano preparó todo minuciosamente. «Antes de arengar a sus hombres, los puso en condiciones mediante la representación de una especie de dramaturgia. Hizo conducir ante las tropas a un grupo de montañeses galos que habían sido hechos prisioneros durante la travesía de los Alpes, e hizo desplegar delante de ellos armas de la Galia y caballos completamente equipados. Escogió entre ellos varias parejas al azar para que se enfrentaran en combate singular, y el superviviente se comprometía a servir en el ejército púnico durante el resto de la campaña. Una vez terminados los duelos, los cautivos que habían asistido al espectáculo no sabían, dice Polibio, si envidiar a los que habían muerto o a sus vencedores, porque al menos los muertos estaban ya libres de todo mal, mientras que para ellos lo peor aún estaba por venir. Pero, y ese era en realidad el objetivo que perseguía Aníbal, lo que para sus soldados había comenzado siendo un simple espectáculo se había convertido en un auténtico

psicodrama porque, en las filas del ejército cartaginés, los soldados ya empezaban a temer por su propia suerte y a considerar también afortunados a los que acababan de morir»<sup>7</sup>.

«Así habló el cónsul a los romanos. Aníbal, convencido de que a los soldados había que estimularlos con hechos más que con palabras, formó al ejército en círculos como para un espectáculo, colocó en el centro encadenados a los montañeses prisioneros y, arrojando ante ellos armas de galos, ordenó al intérprete que les preguntara si alguno quería batirse a hierro si se le soltaban las ligaduras, y en caso de resultar vencedor se le entregaban armas y un caballo. Como todos de forma unánime reclamaban las armas de combate, se echó a suertes con ese objeto y cada uno de ellos deseaba ser el elegido por la suerte para tal combate, y a medida que iban saliendo sus hombres, llenos de euforia, saltando de alegría mientras los felicitaban, cogían a toda prisa las armas dando saltos como es costumbre entre ellos. Y cuando combatían, la actitud tanto de los que estaban en su misma situación como de la generalidad de los espectadores era tal que se elogiaba la suerte de los que morían valientemente tanto como la de los vencedores. Después de impresionarlos de esta forma con el espectáculo de unos cuantos pares de combatientes, mandó retirarse a sus hombres, y reuniéndolos luego en asamblea dicen que les habló así: Si esa misma actitud que habéis tenido hace un rato ante el espectáculo de la suerte ajena la tenéis también dentro de poco al sopesar vuestra propia suerte, nuestra victoria es cosa hecha, soldados; y es que aquello, además de un espectáculo, era una especie de reflejo de vuestra situación. No sé incluso si la fortuna no os rodeó de cadenas más fuertes y de necesidades más apremiantes, a vosotros que a vuestros prisioneros. Por la derecha y por la izquierda nos cierran dos mares, sin que tengamos ni una nave siquiera para escapar; por delante, el Po, más caudaloso e impetuoso que el Ródano; por la espalda nos cierran los Alpes, que costó trabajo cruzar cuando estabais en plenitud de fuerzas. Es preciso vencer o morir, soldados, allí donde se produzca el primer encuentro con el enemigo. Y la misma fortuna que os impuso la inevitabilidad de lucha os pone delante unas recompensas tan grandes, si vencéis, que no las suelen esperar mayores los hombres ni siquiera

<sup>6</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 40, 41. «Arenga de P. Cornelio Escipión el Viejo».

<sup>7</sup> S. Lancel. «Aníbal», 1997.

de los dioses inmortales. Aunque tan solo fuésemos a recuperar con nuestro valor Sicilia y Cerdeña, arrebatadas a nuestros padres, bastante grande sería ya la recompensa; todo cuanto poseen los romanos, conseguido y acumulado con tantos triunfos, va a ser vuestro junto con sus propios dueños. Por este botín tan espléndido, vamos, pues, empuñad las armas con la benévola ayuda de los dioses. Bastante tiempo lleváis corriendo detrás del ganado en los desolados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver ningún pago a tantos trabajos y peligros; ya es hora de que hagáis una campaña abundante y fructífera y recibáis una recompensa cumplida por vuestro trabajo tras recorrer una travesía tan larga por medio de tantos montes y ríos y tantos pueblos en armas. Aquí ha puesto la fortuna punto final a vuestros trabajos; aquí os concederá una digna paga al licenciaros una vez finalizado vuestro servicio militar. Y no vayáis a pensar que la victoria va a ser tan difícil por grande que sea la fama de esta guerra; más de una vez un enemigo menospreciado libró una batalla sangrienta, y pueblos y reyes célebres fueron vencidos sin gran dificultad. Pues aparte de ese relumbrón del nombre de Roma, ¿en qué se les puede comparar a vosotros? Para no hablar de vuestros veinte años de campaña con tanto valor y tanta fortuna: habéis llegado hasta aquí desde las columnas de Hércules, desde el Océano, desde el último confín de la tierra, saliendo vencedores por entre tantos y tan salvajes pueblos de Hispania y de la Galia; vais a combatir contra un ejército bisono, hecho trizas este mismo verano, vencido, asediado por los galos, desconocido aún por su general, al que a su vez tampoco conoce. ¿Es que yo, si no nacido, al menos criado en la tienda de mando de mi padre, general brillantísimo; yo, dominador de Hispania y de la Galia, vencedor además no ya de los pueblos alpinos, sino de los propios Alpes, que es mucho más, me voy a comparar con ese general de seis meses que abandonó a su ejército? Ése, si alguien hoy se lo mostrase a los cartagineses y a los romanos quitadas las enseñas, doy por seguro que no sabría de cuál de los dos ejércitos es cónsul. No le doy yo poca importancia, soldados, al hecho de que no hay entre vosotros ni uno solo ante cuyos ojos no haya yo personalmente realizado en más de una ocasión alguna brillante acción de armas, ni uno solo a quien yo mismo, espectador y testigo de su valor, no pueda recor-

darle sus hazañas detallando fecha y lugar. Con vosotros, a los que yo he elogiado y galardonado mil veces, yo, discípulo de todos vosotros antes que general, saldré al frente de combate contra quienes son mutuamente desconocedores y desconocidos. A dondequiera que vuelvo los ojos a mi alrededor, veo valor y energía llenándolo todo: una infantería veterana, unos jinetes de los más nobles pueblos, que montan con freno o sin él; vosotros, los aliados, muy leales y valientes; vosotros, los cartagineses, que estáis dispuestos a luchar por la patria y con una más que justificada indignación. Traemos la guerra, y en son de guerra hemos bajado a Italia, tanto más dispuestos a pelear con mayor audacia y valentía que el enemigo cuanto mayores son las esperanzas y mayor es el coraje de quien lanza el ataque que el de quien se defiende. Sirven además de acicate a nuestros ánimos el dolor, los agravios, el trato indigno. Primero me reclamaron a mí, al general, para someterme a suplicio; después, a vosotros, a todos los que hubierais atacado Sagunto: una vez entregados, estaban dispuestos a aplicar los más duros suplicios. Pueblo extremadamente cruel y orgulloso, todo lo convierte en suyo y sometido a su capricho; se cree con derecho a imponernos con quiénes, y en qué condiciones, hemos de estar en guerra y con quiénes en paz. Acota y nos encierra dentro de unos límites de montes y ríos que no debemos sobrepasar, y no respeta esos mismos límites que ha establecido. “¡No cruces el Ebro! ¡No te metas en los asuntos de los saguntinos!” ¿Está junto al Ebro Sagunto? “¡No te muevas de tu sitio en ninguna dirección!” ¿No te basta con haberme quitado las provincias de Sicilia y Cerdeña, mías desde muy antiguo? Quieres quitarme también las Hispanias, y si me retiro de allí pasarás a África. ¿Pasarás, digo? Has pasado ya, afirmo. A los dos cónsules del presente año los enviaron uno a África y el otro a Hispania. No nos queda nada en ninguna parte, solo lo que reivindicamos por la vía de las armas. Pueden permitirse ser pusilánimes y cobardes los que tienen a dónde volver la vista tras de sí, a los que acogerán su tierra y sus campos en su huída por territorios seguros y en paz; vosotros no tenéis más remedio que ser guerreros valientes y, al estar cerrada cualquier otra salida que no sea la victoria o la muerte por faltar por completo una esperanza, o vencéis o, si la fortuna se tambalea, buscáis la muerte en el combate antes que en la

*huida. Si todos tenéis esto bien grabado y decidido en vuestra mente, os lo vuelvo a repetir, habéis vencido; los dioses inmortales no le han concedido al hombre ninguna otra arma más poderosa que el desprecio a la muerte»<sup>8</sup>.*

Entonces Aníbal imbuyó en sus soldados, que estaban entre la espada y la pared, la idea de que era necesario vencer o morir. En el último momento se dirigió a su primo carnal, Maharbal, que le seguiría fielmente hasta la corte del rey Antíoco III el Grande de Siria, y a los quinientos númidas de su caballería, a fin de que tuviesen la certidumbre de las recompensas que iban a poder conseguir en esta lucha, en razón directa de la fiereza que utilizasen en el combate; lo que estribaría en una parcela de tierras de su elección en la Península Italiana, en África o en Hispania, libre de impuestos, lo que incluía a sus descendientes, y si lo deseaban serían aceptados como ciudadanos de pleno derecho en Cartago; por otro lado, los esclavos que servían como criados en la milicia púnica, siguiendo al servicio de sus amos, serían liberados y sus dueños recibirían el dos por uno. Y, para acabar, juró por el dios supremo (Baal-Hammón) de los púnicos que el dios le cortase la cabeza como él lo iba a hacer con un cordero, si faltaba a su palabra. *«Cuando la fiebre del combate había penetrado en el ánimo de los soldados de uno y otro bando con estas arengas, los romanos tienden un puente sobre el Tesino y para protegerlo construyen además un fuerte; el cartaginés, mientras los enemigos están ocupados en dicha tarea, envía a Maharbal con un escuadrón de quinientos jinetes númidas a saquear los campos de los aliados del pueblo romano; da orden de que se ponga el mayor cuidado en respetar a los galos y de incitar a sus jefes a la defección. Terminado el puente, el ejército romano cruza hasta el territorio de los ínsubres y hace alto a cinco millas de Victúmulas. Allí tenía Aníbal su campamento; hizo volver a toda prisa a Maharbal y sus jinetes, pues veía que el combate era inminente y, persuadido de que nunca era bastante lo que les había dicho y advertido a los soldados para animarlos, los convoca a asamblea y*

*les anuncia las recompensas seguras en cuya expectativa van a luchar: les piensa dar tierras en Italia, África o Hispania, donde cada uno prefiera, libres de impuestos para quien las reciba y para sus hijos; al que quiera mejor dinero que tierras, lo satisfará en efectivo; a aquellos aliados que quieran convertirse en ciudadanos cartagineses les dará esa posibilidad, y en cuanto a los que prefieran volver a su patria, él se encargará de que no deseen cambiar su suerte por la de ninguno de sus compatriotas. También a los esclavos que han seguido a sus amos les promete la libertad y por cada uno de ellos promete entregar a sus amos dos esclavos. Y para que sepan que estas promesas serán firmes, sujeta con la mano izquierda un cordero y con la derecha un pedernal y pide a Júpiter y los demás dioses que, si no cumple, lo inmolen lo mismo que él inmola al cordero, y, hecha la súplica, le rompe al animal la cabeza con la piedra. Entonces, como si individualmente hubiesen recibido de los dioses garantías de lo que esperaban, todos unánimemente, persuadidos de que lo único que retrasaba el que se hiciesen con lo prometido era el no estar ya peleando, piden al unísono el combate»<sup>9</sup>.*

Cuando Escipión se dirigió con su caballería y sus *jaculatores* (o lanzadores de jabalina con equipo ligero) a realizar un reconocimiento de la situación de la milicia púnica, se va a tropezar, de sopetón, con el propio Aníbal y su caballería, que iban en descubierta. El primer envite de los púnicos conllevó el repliegue de los *jaculatores* hacia los lugares abiertos por las turmas o escuadrones de la caballería de Roma. La caballería ligera de los númidas, de las alas cartaginesas, rebasaría la línea romana y, en la retaguardia, van a masacrar a los mencionados lanceros. La caballería romana tuvo que retroceder, tras haber atacado con resultado positivo a la caballería pesada de los cartagineses, cuando, por sorpresa, los númidas la atacaron por la retaguardia y, entonces, debieron huir en grupos pequeños. El cónsul Escipión, que se encontraba gravemente herido y rodeado por los númidas, se puso a salvo gracias a la pericia de su hijo de 18 años, el futuro Publio Cornelio Escipión

<sup>8</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 42 “Arenga de Aníbal”, XXI, 43-44.

<sup>9</sup> Tito Livio, op. cit., XXI, 45.

Africano, que sería el vencedor (desgraciadamente para Cartago) del gran Aníbal en la batalla de Zama, aunque el honor de salvar al cónsul debería haber recaído sobre las espaldas de un esclavo ligur, según es descrito por Celio Antípater fundamentado en las noticias del historiador púnico Sileno. Entonces, P. Cornelio Escipión repasó el río Po y sentó sus reales al Oeste del río Trebia. Aníbal Barca salió en persecución del cónsul, pero llegó tarde, al haber sido destruido el puente de troncos que se había tendido sobre el río Tesino. No obstante, hizo prisioneros a centenares de buenos legionarios romanos. Luego remontó el río Po durante dos días por la ribera Norte, hasta que pudo encontrar un lugar idóneo para construir su puente de barcas. Entonces, el propio Aníbal pasó a la orilla Sur para poder recibir

a los embajadores de las tribus de los galos cisalpinos, que ahora se iban a colocar, de forma indefectible, del lado de los púnicos con hombres, avituallamientos y bagajes. Cuando los africanos comenzaron a tener hambre, se dirigieron contra la villa de Clastidium-Casteggio, donde Roma almacenaba grandes cantidades de trigo, pero no hubo necesidad de confrontación, ya que el comandante romano de la plaza, un mesapio (del territorio de Calabria) de Brundisium-Brindisi, llamado Dasio, traicionó a los romanos y entregó la ciudad a los púnicos. La guarnición rebelde se incorporó a la milicia cartaginesa. En 48 horas, Aníbal estaba a la vista del ejército de Escipión, al Oeste del río Trebia.

## Bibliografía

- Aguilera, C. (coordinadora) (1988): *El poder de Roma*. Sarpe.
- \_\_\_\_\_ (1988): *Historia Universal. Roma. La Edad Media*. Sarpe.
- Alborg, J. L. y Ballesteros, M. (1973): *Historia Universal hasta el siglo XIII*. Gredos.
- Allen, S. (2007): *Lords of Battle*. Osprey.
- Almagro, M. y García y Bellido, A. (1982): *Historia de España. España Primitiva. La Protohistoria*. Espasa Calpe.
- Alvar, J.; Bajo, F.; Mangas, J. y Plácido, D. (1994): *Historia Universal. Historia Antigua*. Historia-16
- Asimov, I. (1982): *La República Romana*. Alianza.
- Ballester, R. (1989): *Historia de Roma y de la España romana*. Hora.
- Barceló, P. (2000): *Aníbal de Cartago*. Alianza.
- \_\_\_\_\_ (2001): *Aníbal*. Acento.
- Bertolini, F. (1999): *Historia de Roma*. Edimat.
- Boardman, J.; Griffin, J. y Murray, O. (1998): *Historia Oxford del Mundo Clásico. Roma*. Alianza.
- Casio, D. (2004): *Historia Romana*. Gredos.
- Charles-Picard, C. et C. (1958): *La vie quotidienne a Carthage au temps d'Hannibal*. Hachette.
- Charles-Picard, G. (1967): *Hannibal*. Hachette.
- Cornell, T. y Matthews, J. (1989): *Roma, legado de un Imperio*. Folio/Círculo de Lectores.
- Devismes, F. (1989): *Historia de las Grandes Civilizaciones*. Espasa Calpe.
- Durham, D. A. (2005): *Aníbal, el orgullo de Cartago*. Ediciones-B.
- Eslava Galán, J. (1988): *Yo, Aníbal*. Planeta.
- Fatas, G. (1990): *Historias del Mundo Antiguo. El periodo de las primeras guerras púnicas*. Akal.
- Fernández Nieto, F. J. (coordinador) (2005): *Historia Antigua de Grecia y Roma*. Tirant lo Blanch.
- Glasman, G. (2007): *Aníbal, enemigo de Roma*. Nowtilus.